

## SEBASTIAN GARCIA DIAZ EN CLAVE ANDALUZA\*

POR JOSÉ ROMERO ESCASSI

Todavía me atenaza un amargo sobresalto cuando acude el recuerdo de este amigo ausente desde hace tan pocos días. Todavía se me resiste tercamente el ánimo para doblegarse al infortunio y aceptar lo irremediable.

En esta zozobra, mal pueden las palabras conciliarse con los sentimientos para encontrar un cauce razonable que ordene el juicio y se sobreponga al dolor.

Mejor será bordear el abatimiento por lo ya perdido para consolarlos en el encuentro de lo mucho que ganamos los que tuvimos la suerte de hallar su amistad, y en ese recuerdo contemplar juntos una conducta humana tan fecunda en su diversidad como ejemplar en sus normas, que bien pudiera señalarse como espejo de la mejor estirpe humana.

Conocí al Dr. Sebastián García Díaz en Madrid cuando preparaba oposiciones a cátedra de patología quirúrgica. Ya en aquella época temprana su talante y su hechura vital estaban tan claramente perfilados, como después permanecerían hasta las últimas fechas.

Afable, extravertido, caballeroso y con un preciso toque de refinado dandismo en su indumentaria, tanto como en sus modales que sellaban con toda naturalidad y sin asomos de arrogancia una imagen señorial de alta clase.

Pero todo este mundo exterior, que pudiera inducir de inmediato una existencia despreocupada, era derivación de un exigente recato por guardar para sí los propios sinsabores. Encontramos en ello con toda transparencia una cualidad muy propia del carácter andaluz, como lo es ese pudor que le resiste a mostrar ante el prójimo las íntimas adversidades, haciéndoles desconsideradamente paño de lágrimas.

---

\* Leído en la Sesión necrológica celebrada el 4-XII-1988.

Tan arraigada está dicha convicción en el pueblo llano que podemos darla como muestra en esta letra de nuestro cantar más genuino:

Las que se publican —no son grandes penas.  
Las que se callan y se llevan dentro —son las verdaderas.

Con muy poca andadura que se hiciese en el trato con Sebastián, podía advertirse una dimensión interior que alcanzaba un profundo calado; capaz de hospedar a una recia personalidad intelectual, dueña de muchos saberes, y de muy diversa índole, en una cultura humanística del más puro entronque clásico; es decir, con plena integración del entendimiento con la sensibilidad. Todo ello sostenido por una rectitud moral exigente para sí, y generosa para los demás.

Un caudal semejante no se obtiene tan sólo con buenas capacidades nativas, es producto de un cultivo cotidiano de una perseverante exigencia, y animado por una curiosidad abierta a todos los aires, receptiva para vibrar en todos los niveles del espíritu.

Todo ello fue a la vez cimiento y almacén de su formación científica, guía de su acertada labor docente e investigadora, y patrón de su efectivo ejercicio profesional practicado con ejemplar estilo.

Dios nos libre de médicos, aunque estudiosos, alicortados hasta el embrutecimiento, por un saber profesional tan excluyente que les incapacita calcular en toda su complejidad las dimensiones del sufrimiento humano y sus posibles alivios.

A este respecto, siempre viene a mi memoria un proverbio del Profesor Letamendi inscrito en un azulejo trianero sobre los viejos muros del abandonado Hospital de las Cinco Llagas, que no tengo inconveniente en citar una vez más. Decía así:

«Del médico que sólo sabe medicina, ten por cierto que ni medicina sabe.» Bien de acuerdo tendría que estar el estudiante García Díaz con aquella sabia advertencia.

Si nos propusiéramos ahora hacer confluír hacia un común denominador estas cualidades tan escuetamente apuntadas de la rica personalidad de nuestro amigo tendríamos que emplear como cifra ordenadora la «clave andaluza». La misma que él utilizó en su profunda meditación sobre la muerte en un libro admirable, y de ese modo, bajo ese mismo filtro, podríamos

contemplar la vida y ejemplo de este hombre en clave andaluza o más precisamente sevillana.

Pero no se entienda esto del sevillanismo en la forma narcisista, con ribetes pueblerinos, en que hoy se le exalta por propios y extraños para quedarse instalado en un regodeo falaz, cuando no se invoca para arropar más de un oportunismo advenedizo. Hablar de esto supone valorar una actitud peculiar ante la vida más allá del gesto o de la anécdota, pero señalarlo como ejemplo requiere la claridad de juicio, la fina intuición y la generosa entrega que este hombre demostró.

En dicha línea nuestro amigo Chano —permítanme este apelativo familiar— fue durante toda su vida fervoroso amante de su tierra, de la que no quiso separarse más que el tiempo imprescindible por los requerimientos de su oficio profesional. Todo su aliento se encauzó hacia la esperanza de una Sevilla eterna, rescatada de todo lo mostrenco que hoy la desfigura por causa de una indiscriminada confusión de sus valores esenciales que hacen inoperante lo razonable y activo el despropósito.

Al condolernos de esa muerte adelantada que entierra con ella tantas promesas y nos despoja de su estimulante presencia, damos gracias a Dios por el gran beneficio que nos hizo al darnos esta amistad cuyo recuerdo quedará como huella duradera y entrañable en todos cuantos le conocieron. De esa forma podemos concluir diciendo con el poeta:

Y aunque su vida murió  
nos dejó harto consuelo  
su memoria.

Sevilla, diciembre 1987